Sello Editorial UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO

CEDOTIC
Revista de la Facultad de Ciencias de la Educación

Vol. 5. No. 2. (219-244). Julio-Dic/ 2020
ISSN: 2539-1518

Mario Briceño-Iragorry; El Espíritu de la Letra

Luis Javier Hernández Carmona
hercamluisja@gmail.com
Universidad de Los Andes-Venezuela
Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Literarias (LISYL)

Resumen

Esta reflexión destaca la relación que existe entre palabra y espíritu latinoamericano expresada en la obra del escritor venezolano: Mario Briceño-Iragorry. Donde, espíritu interpreta la permanente intención por manifestar una subjetividad trascendente en procura de crear consciencia de los procesos históricos a partir de los espacios íntimos del enunciante. Además de referir la importancia que destaca la universalidad como principio dinámico en la producción de discursos reflexivos que hurguen en los cimientos de la historia y encontrar las bases elementales para construir andamiajes presentes que permitan la proyección futura de los pueblos a partir de su originalidad histórica. Para ello se utiliza el método ontosemiótico que permite interrogar los textos en función del sujeto enunciante, que a partir de la esfera patémica, produce una relación intersubjetiva entre él y los contextos analizados, para de esa forma, el *espíritu de la letra* se convierta en testimonio sentido dentro de la construcción del discurso cultural. Y bajo esa perspectiva de análisis, el espíritu permita establecer contextualizaciones teóricas que intercambian sustentos y referencias entre: historia, cultura y tradición; maneras de acercarse al devenir de los tiempos e interrogarlos en torno a los sujetos.

Palabras clave

Espíritu, palabra, cultura, historia, filosofía.

Recibido 06/11/2020-Aceptado 2/12/2020

Sello Editorial
UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO
CEDOTIC
Revista de la Facultad de Ciencias de la Educación

Mario Briceño-Iragorry; The Spirit of the Letter

Abstract

This reflection highlights the relationship that exists between the Latin American word and spirit expressed in the work of the Venezuelan writer: Mario Briceño-Iragorry. Where, spirit interprets the permanent intention to manifest a transcendent subjectivity in an attempt to create awareness of historical processes from the intimate spaces of the speaker. In addition to referring to the importance of universality as a dynamic principle in the production of reflective discourses that delve into the foundations of history and find the elementary bases to build present scaffolds that allow the future projection of peoples based on their historical originality. For this, the ontosemiotic method is used that allows to interrogate the texts according to the enunciating subject, which from the pathemic sphere, produces an intersubjective relationship between it and the analyzed contexts, so that the spirit of the letter becomes felt testimony within the construction of cultural discourse. And from this perspective of analysis, the spirit allows establishing theoretical contextualizations that exchange sustenance and references between: history, culture and tradition; ways of approaching the evolution of time and questioning them around the subjects.

Keywords

Spirit, word, culture, history, philosophy.

Sello Editorial
UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO
CEDOTIC
Revista de la Facultad de Ciencias de la Educación

Mario Briceño-Iragorry; O Espírito da Carta

Resumo

Esta reflexão evidencia a relação que existe entre a palavra latino-americana e o espírito expresso na obra do escritor venezuelano: Mario Briceño-Iragorry. Onde, o espírito interpreta a intenção permanente de manifestar uma subjetividade transcendente na tentativa de criar consciência de processos históricos a partir dos espaços íntimos do falante. Além de se referir à importância da universalidade como princípio dinâmico na produção de discursos reflexivos que mergulhem nos alicerces da história e encontrem as bases elementares para construir andaimes do presente que permitam a projeção futura dos povos a partir de sua originalidade histórica. Para tanto, utiliza-se o método ontosemiótico que permite interrogar os textos segundo o sujeito enunciador, que a partir da esfera patêmica, produz uma relação intersubjetiva entre ele e os contextos analisados, para que o espírito da letra se torne. testemunho sentido dentro da construção do discurso cultural. E nesta perspectiva de análise, o espírito permite estabelecer contextualizações teóricas que trocam sustentação e referências entre: história, cultura e tradição; formas de abordar a evolução do tempo e questioná-las em torno dos assuntos.

Palavras-chave

Espírito, palavra, cultura, história, filosofia.

1.- **Introducción**

Escribe con sangre, y sabrás que la sangre es espíritu
Federico Nietzsche.
Así Habló Zaratustra. 1883.

Con la definición: *Espíritu de la letra*, el gran filósofo español José Ortega y Gasset simboliza la fuerza expresiva surgida de la riqueza etimológica de los términos a consolidarse en su circulación por los espacios de la significación, o lo que para efectos de este artículo, llamaremos, etiología significante, a modo de recipiendario de posibilidades de articulación enunciativa. Más aún, todas aquellas que tienen como centro de la significación al Ser y la búsqueda de comunicación más allá de la necesidad ordinaria para centrarse en la profunda necesidad subjetiva que crean las significativas voluptuosidades del lenguaje. Entendidas estas voluptuosidades en el sentido de giros lingüísticos-estilísticos que dan vida al texto según la manifestación simbólica, más allá de lo expresamente lexical. De allí que podemos dejar inferida una apreciación sobre los sesgos profundamente barrocos y preciosistas de la escritura en Mario Briceño-Iragorry[1].

En este sentido los discursos voluptuosos sobreabundan en la forma, son manera novedosa de decir las cosas para lograr su inserción en el espacio social a modo de alternativa argumental, sin caer en lo meramente superfluo. El ornamento tiene cabida porque hace la diferencia para otorgar otros perfiles al discurso, que buscan ganar adeptos en medio del convencimiento y las conductas reparatorias. De esta forma el escritor exige compromiso ante la situación planteada porque los referentes son vías válidas del comportamiento ético presupuesto en los temas tratados, quienes exigen respuestas eminentemente reflexivas para originar esa conducta reparatoria tan deseada.

[1] Mario Briceño-Iragorry (1897-1958), es uno de los escritores venezolanos con mayor obra publicada en toda la historia historiográfica del país. Comparte su producción literaria con el ejercicio político y parlamentario. Su pensamiento está sostenido sobre bases nacionalistas que privilegian la región a manera de mundo primordial, para propugnar por una universalidad del sujeto a razón de vínculo sociohistórico. Ubicado en la Generación del 18 venezolana, su inclinación es fundamentalmente modernista en cuanto estilo literario, y Liberalista Romántica, como concepción que busca indagar sobre posturas filosóficas específicamente latinoamericanas. Al asumir la historia particularizada en la subjetividad, más allá de las simples alegorías conmemorativas de las concepciones oficiales. Siempre se opuso a las atomizaciones ideológicas de la historia para convocar la enunciación patémica a manera de instrumento de creación-reflexión, en el cual, el referente histórico es instrumento para la redefinición de la referencialidad al sacarla del estatismo o estancamiento en tiempos pasados.

De por sí, la circulación de esta prosa poético-reflexiva, implica una profunda figuración romántica que en el ensayo latinoamericano tiene un sólido antecedente con la obra del Libertador Simón Bolívar, cuya esencia está apuntalada por un Yo encubierto que siempre sobresale ante las circunstancialidades sociohistóricas mediante la búsqueda de la gloria como principio de autoreconocimiento, e instaurando un muy personal estilo literario, adosado por las voluptuosidades barrocas y la fuerza del espíritu romántico[2].

Sobre estas bases argumentales, Modernismo y Liberalismo Romántico forman parte de una intención estético-filosófica de interrogar e interrogarse sobre la base del sujeto concienciado en un nosotros complementario, al mismo tiempo, de reconocimiento histórico-cultural, al privilegiar la inclusión de los espacios sociales dentro de los horizontes de comprensión para el forjamiento de preceptos identitarios y de autoafirmación del sujeto. En todo caso se trata de la creación de una ciudadanía impelida por la dialéctica histórica sustentada en la creación del lenguaje, para hacer de la construcción de la nación, una entidad humana en la historia.

A su vez, la correspondencia entre sujeto y construcción histórica, representada ésta por una ciudadanía sensible, propician la resignificación sustentada por un espíritu de la letra a modo de metaforización de la traslación de la dimensión sensible a la enunciación, para personificar enunciativamente a quien construye la historia en función de una madeja simbólica que amplía las referencialidades e incorpora elementos fundamentales representados por los espacios inmediatos, o puntos de partida para la configuración de una universalidad sostenida por la patemia y la afectividad.

Significa entonces establecer una consanguinidad simbólica entre el sujeto enunciante y sus referencialidades para construir una textualidad que envuelve todos los espacios enunciativos, por medio de los cuales, implosiona la materia significante. Hecho que borra las fronteras entre palabra y realidad para resignificar los diferentes mundos contenientes de su propia significación, diluyendo las convencionales escisiones de historia e imaginación, dando cabida a los postulados ensoñativos a manera de resarcimiento del sujeto con esa historia enunciada a partir de sí mismo.

[2] Es importante destacar acá, que el Modernismo latinoamericano es una reescritura del Romanticismo, de él hereda los procesos de subjetivación como mecanismos estructurantes de sus lógicas de sentido, renovadas en los espíritus que convierten la idea en imagen, y la palabra, en acción para proponer el mundo sensible a modo de hermeneusis fundante del nuevo orden discursivo que implica un eslabón más del continuum simbólico latinoamericano.

2.- **Diseño Metodológico**

La naturaleza misma de la investigación requiere de un planteo metodológico sustentado en el sujeto textualizado discursivamente, al mismo tiempo, del texto asido a procesos de subjetivación que conlleven a una argumentabilidad según los diversos escenarios enunciativos; diversificados fundamentalmente en tres dimensiones a saber: plano del sujeto, del texto y del contexto. Todos ellos enmarcados por las relaciones intra e intersubjetivas propiciantes de una hermeneusis de lo sensible.

Apreciado nuestro análisis a través de la anterior óptica, surge la ontosemiótica a modo de soporte metodológico, pues la naturaleza de este planteamiento radica en indagar sobre las estructuras enunciativas para establecer las relaciones de significación y establecimiento de lógicas de sentido, a partir del tránsito simbólico que involucra al sujeto a modo de principio enunciativo consustanciado con un espacio sensibilizante que lo motiva a establecer procesos de subjetivación, constituyentes de una argumentación reflexiva. Bajo esta consideración metodológica, la semiosis afectiva-subjetiva hace de los procesos de resignificación la oportunidad de vincular los enunciantes con sus construcciones discursivas, las locaciones físico-geografías y los universos simbólicos a generarse de los procesos de subjetivación o perspectivas del autoreconocimiento reflexivo.

Asentidas de esta manera las implicaciones teórico-metodológicas, es menester destacar que los procedimientos textuales están orientados por la transversalización referencial que permita la interaccionar las relaciones de significación desde lo intra a lo intersubjetivo, para de este modo, considerar el fundamento patémico-afectivo a razón de figuración identitaria que reafirma la textualización del sujeto y la subjetivación del texto en torno a los procesos de representación simbólica. Entendida ésta, inmersa en las posibilidades de refiguración de la realidad, o más bien, la consolidación de la realidad en los tamices ónticos que indudablemente constituirán una argumentabilidad subjetivada, tan válida y férrea como los tradicionales enfoques objetivo-racionalistas

3.- **Propuestas Argumentales**

3.1.- Mensajes sin Destino Revueltas Utópicas

El discurso en Mario Briceño-Iragorry está sustentado por la disertación reflexiva mediante la cual se conmina a una acción, que por no cumplirse, queda fluctuando en el tiempo y en el espacio a manera de proyección predictiva sujeta a una constante y renovada vigencia. Este tipo de discurso generalmente pospone el cumplimiento de la acción por la recurrencia del acontecimiento en circunstancialidades que se repiten, trayendo como consecuencia, la circularidad de la referencialidad, al girar en torno al discurso mismo, dejando la acción supeditada por la profunda carga de subjetividad, para hacer del discurso un elemento eminentemente utópico que trasciende hacia las fronteras de la resistencia, e intentan el quiebre de paradigmas provenientes de los discursos del poder institucionalizados fundamentalmente, en las esferas políticas y económicas.

Por ello no es coincidencia que uno de los textos más emblemáticos de Mario Briceño-Iragorry lleve por nombre M*ensaje sin destino. Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo* (1951), surgido a manera de respuesta a los planteamientos de un intelectual contemporáneo, Arturo Uslar Pietri, cuando éste propone "sembrar el petróleo" dentro de las alternativas para viabilizar los destinos nacionales alrededor de una crisis generada por el divorcio entre riqueza e inversión, obteniendo por respuesta, que:

> Justamente no somos "pueblo" en estricta categoría política, por cuanto carecemos del común denominador histórico que nos dé densidad y continuidad de contenido espiritual del mismo modo que posee continuidad y unidad de contenido en el orden de la horizontalidad geográfica (Briceño-Iragorry, 1990a:169).

Esta práctica discursiva según la ontosemiótica recibe el nombre de aserto del lenguaje intencional; puesto que, la creación de significados trasciende la objetividad radicada en el objeto, para fusionarse en el plano eminentemente subjetivo-reflexivo, pues parte de lo intrasubjetivo para luego involucrar su transversalización referencial con el colectivo. Potenciando el lenguaje el correspondiente desdoblamiento en acto enteramente humano, catalizador de la interioridad del ser en su más alta expresión. Por lo tanto el discurso siempre desbordará el plano consciente de la objetividad para dejar discurrir el plano

inconsciente de la subjetividad y su metáfora devenida en principio humano, en *espíritu de la letra.* En este sentido, el escritor encarna un elemento de excepción en el interior de la configuración cultural, en la cual, entran otros factores que no son solo ideas, sino fuerzas sociales o políticas colectivas. Un planteamiento situado en el seno de la sociedad dividida en intereses opuestos; a decir de Briceño-Iragorry:

> Ayudar al pueblo es por ello nuestro deber presente. A un pueblo que está debajo de nosotros, en función de supedáneo para nuestro servicio, sino del cual nosotros somos mínima parte y expresión veraz. Debemos ayudarlo, no a que grite como aconsejan los demagogos, ni a que olvide sus desgracias, como indican los conformistas del pesimismo, sino a que reflexione sobre sí mismo, sobre su deber y su destino (1990a: 238).

Este *espíritu de la letra* es el que permite la transposición entre la ética social y la ética íntima; que en palabras de Ortega y Gasset: "La primera dicta normas y recetas para resolver los conflictos del hombre con la sociedad que le rodea –la ciudad y los dioses-. La segunda se preocupa de resolver los conflictos interiores, de poner en la baraúnda de los instintos y los impulsos." (Ortega, 1985: 81). Aquí comenzamos a encontrar similitudes con la práctica discursiva de Briceño-Iragorry, quien creó un universo simbólico que tendió puentes entre lo íntimo y lo colectivo en la proyección del espíritu consagrado en la letra. Y a partir de allí verlo en dimensiones diferentes a las que lo han encasillado los discursos oficialistas e institucionales, para intentar ubicarlo bajo las coaccionantes dimensiones de un escritor regionalista, dejando a un lado importantes referencias, por ejemplo: el Mario Briceño-Iragorry *latinoamericanista*, o el Briceño-Iragorry *universalista* que afincó sus modelos teóricos en la cultura de la humanidad; hecho que le permite mantenerse asido entre la tradición y la contemporaneidad:

> Más, no debe entenderse que la tradición sea una actividad estática y conformista, que convierta a los hombres nuevos en meros y necios contempladores de los valores antiguos. La tradición es la onda creadora que del ayer al mañana, y sin consultarla, no crecerán para el porvenir las sociedades. Hay quienes la adversan por confundirla a la ligera con el ánimo retrogrado y fanático de ciertos temperamentos conservadores, opuestos al espíritu de modificación progresiva que cada generación está en el deber de realizar en orden el perfeccionamiento del legado trasmitido por los antecesores. Pero la tradición lejos de impedir el

> avance de dicho espíritu, es el módulo que determina su progreso (Briceño-Iragorry, 1990a: 181).

Por las consideraciones anteriores sobre la tradición, la dialéctica de los procesos de subjetivación soporta la conciencia del enunciante para hacer de su acción referencial, la agencialidad transformadora del espíritu impostado en discurso aleccionador bajo la dualidad estético-moral, para de esta manera, construir estructuras enunciativas atinentes a la conjunción indisoluble del Ser y sus espacios de cohabitación en busca del *alma de los pueblos*, alrededor de los espacios cotidianos de camino a la universalidad. Porque la universalidad siempre será la suma de las culturas regionales resignificadas a través del tiempo, revitalizadas por la confluencia de lo propio y ajeno enmarcado en la dialéctica enriquecedora de la convergencia simbólica.

Con el advenimiento de la cultura regional a los espacios enunciativos, aparece un eje de la representación de profunda vitalidad referencial, como lo es el aspecto autobiográfico, oportunidad para que el autor concatene aspectos de sus mundos primordiales con las contextualidades transfiguradas discursivamente en posibilidades de redefinición del sujeto bajo figuraciones afectivo-sensibles, a su vez, soportes argumentales para inquirir sobre las circunstancialidades simbólicas y sus procesos de configuración conforme a las dimensiones patémicas que hacen más cercanas y sentidas las apreciaciones y conjeturas.

Por demás decirlo, Ortega y Gasset y Briceño-Iragorry compartieron los postulados modernistas en su práctica escritural y de vida. De este movimiento latinoamericano que intentó rescatar la sensibilidad amenazada por los postulados positivistas que alentaban los nuevos horizontes de progreso a costa del sacrificio del sujeto que siente y padece; el sujeto migrante y fronterizo que desde su condición mestiza deambula entre la angustia y el reconocimiento. Un reconocimiento que intencionada o inocentemente ha sido fraccionado por los estudios críticos, cuando en realidad conforma una totalidad identitaria de un continente que propone el sincretismo a modo de principio estructurante. De esta manera el *espíritu de la letra* latinoamericano tiene una robusta base en el orden telúrico que le permite adoquinarse férreamente a las estructuras significantes.

De allí los *mensajes sin destinos* transfigurados en *revueltas utópicas* que con el paso del tiempo siguen templando el acero de la memoria identitaria con el cual oponer evidencias férreas a los intentos de culturas foráneas por desplazar y sustituir los valores originarios, o

en todo caso, sumirlos en las periferias de una cultura del espectáculo y el artificio que conmina al consumo y la desaprensión de los espacios fundacionales, al intentar desmigajar el continuum simbólico de toda dialéctica cultural, forjado por la suma de regionalidades a manera de centros generadores de significación y soporte de lógicas de sentido acendradas en lo profunda y profusamente latinoamericano.

3.2.- **Región Cósmica y Tradición Universal**

Ante los acechos de una universalización que intenta arrebatar los principios identitarios particulares, asumo la noción de región cósmica a modo de reencuentro del enunciante consigo mismo y el otro colectivizado en medio de universos simbólicos que dinamizan los espacios de la representación, y por consiguiente, las estructuras para nombrarlos. De allí que la región cósmica posibilita la reinserción enunciativa del sujeto inmerso en gramáticas del reconocimiento soportadas por las dimensiones afectivo-subjetivas, que a su vez, proveen los recursos elementales para las empatías a establecerse por medio de la universalidad; isotopías vinculantes y estructurantes de renovadas estructuras significantes. Tal cual ha ocurrido con el impacto y la novedad del imaginario latinoamericano en otras culturas, sea cual sea su denominación, equivoca o no, tal es el caso del realismo mágico y su presunto estancamiento en una etiqueta literaria para intentar metodizar la permanente implosión del espíritu de la América irredenta.

Razones por las cuales la ontosemiótica apela al continuum histórico-simbólico para considerar el ejercicio enunciativo una acción humana reflejada en su proyección patémica, sostenida no sólo por las voluntades creadoras, sino también los planos enunciativos, que representan al hombre y sus acaeceres. De esta manera al referir las dimensiones representacionales de esos planos, apelo a la caracterización del símbolo de acuerdo a:

> Su contenido o ese "algo" oculto, donde al mismo tiempo, ese 'oculto' es la revelación del símbolo; figurándose entonces dentro de esa potencialidad la necesidad de ocultar la materia significante para el posterior desencadenamiento de relaciones de significación y fundación de lógicas de sentido (Hernández, 2020: 144).

Asumidas argumentalmente estas consideraciones, Briceño-Iragorry no es obra de una casualidad histórica, sino más bien, producto de la tradición literaria que tiene al Modernismo y el Liberalismo Romántico como bases fundacionales de la generación del 18 en el Occidente de Venezuela; la generación que hurgó en el pasado latinoamericano para buscar las claves identitarias de la América mestiza, en palabras de otro de los protagonistas de esa generación, Mariano Picón Salas: "avidez de cultura y sensibilidad social se precipitaron aluviosamente para configurar los impulsos de nuestra generación" (1962; XI). Generación que asume las concepciones del superhombre nietzscheano y las alegorizaciones de quijotes, para propugnar por una cultura soportada en los espacios telúricos originarios y la confluencia simbólica de ellos al asumir el rol de sustratos identitarios.

Si usamos una imagen para tratar de ilustrar lo expresado, será el espíritu de *Ariel* quien metaforice las claves que provean de elementos ciertos para seguir adelante en los intrincados caminos de la utopía latinoamericana y sus propuestas de autenticidad identitaria. Lo cual posibilita una generación profundamente espiritual que supo interpretar fielmente los preceptos de José Enrique Rodó, contenidos en la siguiente expresión:

> Ninguna edad como la nuestra ha comprendido el alma de las civilizaciones que pasaron y la ha evocado a nueva vida, valiéndose de la taumaturgia de la imaginación y el sentimiento; y por este medio también, el pasado es para nosotros un magnetizador capaz de imponernos sugestiones hondas y tenaces (1976:195).

Así lo comprendió Briceño-Iragorry quien siempre temió a los localismos y parroquianismos que parecen ser los más connotados indicadores para medir su obra y actuación en la historia de las ideas latinoamericanas. Para ello comencemos con la siguiente afirmación que evidencia su profundo temor por el estatismo histórico y el anclaje en tiempos y espacios:

> Pese a mí censurado tradicionismo, no tradicionalismo, soy fervoroso amante del progreso. Aún dura en mi mente la impresión que a los catorce años me hizo la frase de Balmes que puse de epígrafe a mi primera producción impresa: "El mundo marcha, quien se detenga será aplastado, y el mundo continuará marchando" (Briceño-Iragorry, 1988a: 114).

Queda sugerido el dialectismo existencial a modo de acción enunciativa transversalizada con las circunstancialidades sociohistóricas, para interaccionar a partir de

los espacios inmediatos configurantes del mundo primordial del enunciante, no solo en cuanto locación físico-geográfica, sino de arquitectura sensible modelizada por medio de las estructuras enunciativas y su carga profundamente afectivo-subjetiva. Sumándose al orden biográfico aludido en párrafos anteriores, lo emblemático-telúrico, esa recurrencia de la memoria afectivizada que logra crear un imaginario a constituirse en isotopía cultural, pues a su alrededor confluyen miradas y sentires que van a constituir una universalidad discursiva:

> De allí que, desde la Ontosemiótica, este cosmos patémico proyecte al sujeto enunciante hacia la necesaria universalidad discursiva, tal es el caso del sentimiento hecho conciencia y su representación en función del amor. De esta forma la conformación del cosmos patémico apunta más allá de las palabras y ocurre a la convocatoria del subjetivema para involucrar de manera totalizante los sujetos intervinientes en las relaciones de comunicación, caso específico, la comunicación estética a partir de: las circunstancias enunciativas, los mundos íntimos compartidos y las estrategias enunciativas, todas tres, repercutiendo de una forma particular de reinterpretar la realidad, resignificarla en tiempos y espacios incondicionados por la caducidad histórica (Hernández, 2020: 85).

Al mismo tiempo el sujeto enunciante se transfigura en agente dinámico o eje generador de ideas y pensamientos bajo las propuestas de lo humano, el amor, la ética y el espíritu, a razón de base estructural que permite redimensionar el oficio del escritor; quien escoge entre el *espíritu de la letra* o los cascarones vacíos que bajo expresiones de artificio amoldan cualquier discurso a un personaje o circunstancia. Por ello, es importante releer a Briceño-Iragorry en esta afirmación contenida en *Por la ciudad hacia el mundo*:

> La ciudad, sobre el valor de la piedra y el peso del ladrillo, es una fornida comunidad de hombres que, sintiéndose comprometidos en una misma empresa de cultura, se esfuerzan tanto por levantar su propia conciencia de humanidad como por alzar el tono que les hace sentir y amar (1988b: 382).

Bajo estas prerrogativas los planos enunciativos son lugares para habitar de manera franca y decidida; morada del Ser devenido en su orden simbólico donde el orden universal apela a los espacios interiores para establecer puentes referenciales que toquen muy de cerca al enunciante, quien unge los acontecimientos de visiones ensoñativas, sin que ello interfiera

en la solidez argumental, pues, ésta, logra interpretar los órdenes trascendentes del discurso con el auxilio del cuadrante simbólico: mundo primordial-región-nación-universalidad, ésta última representando la concatenación de las ambivalencias, antagonismos y sincretismos devenidos de las particularidades adicionadas a los espacios de significación.

Además de estas especificaciones sostenidas por un realismo, que circunstancialmente podemos llamar patémico, por su sustentación en lo telúrico-actancial, o recurso de apelación referencial a la convergencia simbólica entre memoria afectivizada y enunciante; la categoría universal es para Briceño-Iragorry la ciudadanía donde se borran las fronteras y las diferencias influidas por la manifestación de lo individual-espiritual; porque la universalidad está volcada sobre las manifestaciones existenciales de los hombres, que pueden homologar sus historias gracias a la exteriorización de los ideales más sentidos. Y al respecto, quiero hacer hincapié en la práctica estética-doctrinal de Briceño-Iragorry con respecto al ensanchamiento de las patrias chicas para conformar la ciudadanía universal, que procura dar una visión de acuerdo con el *continuum* histórico y la espiritualidad del hombre, como binomios indisolubles en la conformación del discurso cultural:

> Hombre de la ciudad, preferentemente dedicado a los oficios de escritorio y de biblioteca, por desgracia no he cultivado otra tierra que la de mi corazón y de mi espíritu. Ello no empece para que sienta el imperativo indeclinable de la conciencia agrícola que define e ilumina nuestra historia (Briceño-Iragorry, 1990(a): 10).

Así pues, la presencia ensoñativa del referente traslada a otras dimensiones el vínculo con la dimensión telúrica, para hilvanar un armónico tejido de relaciones concatenantes que buscan conformar una tesis universalista para sostener sus propuestas más allá del acontecimiento inmediato, al apelar a la etiología simbólica para encontrar los puntos de encuentro, aun cuando se trate de disentir de cualquier situación planteada; tal es el caso del manejo de la historia distendida entre los extremos de la inamovilidad y los del dinamismo o instrumentación de mecanismos de creación por intermedio de ella. Lo que demuestra que fue un intelectual a carta cabal, al pasearse por los diferentes escenarios culturales-universales, al nutrirse de los blasones de la tradición. Antes de escritor fue lector impelente que devoró cientos de páginas en busca de las respuestas que su angustiado espíritu

reclamaba frente a las diversas situaciones que le tocaron vivir en su devenir íntimo y colectivo. Teniendo siempre a la historia perfilada a razón de punto cardinal para guiarse por los laberintos del tiempo:

> Creo en la Historia como en una de las fuerzas más efectivas para la formación de los pueblos. No miro los anales antiguos como historia de muertos o como recuerdo de anécdotas más o menos brillantes. La Historia tiene por función explicar el ser de la sociedad presente y preparar los caminos del futuro. Mientras más penetrante sea ella en el tiempo, mayor vigor tendrán los valores experimentales que de su examen podamos extraer. Las torres se empinan en relación con lo profundo de sus bases (Briceño-Iragorry, 1989: 272).

Teniendo en cuenta el anterior planteamiento, la historia alcanza su movilidad simbólica cuando es impulsada por el dialectismo existencial, haciendo de las nociones de región, puntos de sostenimiento sobre los cuales gira su propia justificación sensible, impulsada por el pasado en su rol detentador de materia significante a ser renovada constantemente por las estructuras enunciativas que desafían la crasa racionalidad objetivista. Alternativamente está propuesta la universalidad proveniente del pasado asido a su más ferviente y constante revisora: la historia; esa fuerza capaz de motorizar el *espíritu de la letra* que delinee caminos y proponga alternativas, no fundamentadas en el objeto de la historia, sino en el sujeto que la construye:

> El hombre, tanto por su valor de individuo como por su significado integrador de las entidades sociales, pueblo, religión, ejército, raza; es el verdadero sujeto de la Historia. Sujeto en la actividad de crear hechos, y sujeto en la pasividad de estar incluido en la propia realidad de los procesos colectivos" (Briceño-Iragorry, 1989: 237).

La historia además de ser una narrativa del acontecimiento, es la escritura del hombre y para el hombre; donde el hombre es quien otorga sentido a los acontecimientos, lo que permite su constante reactualización, no solo con respecto a su poder informativo, sino en cuanto formación de valores patemizados que conlleven a la acción humana a una conciencia proveniente de una ciudadanía sensible; no con la imposición de los sesgos de la historia conmemorativa, impelida por las intenciones de deshumanizar el acontecimiento para

llevarlo a los predios de lo fantástico, privilegiando las consideraciones bélicas y sus obcecadas construcciones de íconos inalcanzables, a ser venerados en el bronce heroico y la inamovilidad histórica. Práctica discursiva que ha llevado a construir visiones distorsionadas de nacionalismos, e indudablemente aprovechada por los grupos hegemónicos que controlan el poder político-gubernamental.

En este sentido es imprescindible revisar la vinculación hecha por Briceño-Iragorry entre lo universal y el nacionalismo, devenida ésta de una intrínseca relación de universalidad e historia a manera de sostenimiento referencial que provee insumos para la conformación de colectividades sostenidas por la intersubjetividad, en su consideración de principio rector de la dinámica discursiva y sus potencialidades para construir universos simbólicos y de significación:

> La realización del verdadero sentido universal del pensamiento del hombre no está reñida con el crecimiento de los grupos nacionales. El nacionalismo en su verdadera concepción ontológica no implica una posición antihumanista. […] El verdadero nacionalismo, como expresión de humanidad, reclama que se le mire *sub specie universalitatis*. El nacionalismo, y vale repetirlo una vez más, representa en el plano de la valoración colectiva un modo de obrar la personalidad de los pueblos (Briceño-Iragorry, 1988b: 363).

3.3.- **Historiar para convocar El Espíritu de La Letra**

A estas alturas de la reflexión, las referencialidades comienza a alinearse en torno al *alma de los pueblos* a manera de imaginario para revisar la *crisis* de ese pueblo, provocada por las estrechas visiones político-gubernamentales que apuntan hacia la inequidad social surgida con el despilfarro de la riqueza nacional. Surgen entonces los reconocimientos a las posibilidades contenidas en la historia para generar alternativas de significación vinculadas con el enunciante. Esa es la manera por la cual este emblemático escritor carga su letra de espíritu para reconocer que:

> La Historia resulta desde esta dual posición como un examen de conciencia y como un acto de fe en nuestros destinos de hombres, obligados a dignificar y mejorar los tesoros de la tradición que formaron nuestros padres. Porque la Historia es la prolongada meditación sobre la suerte del espíritu que informa a la cultura.” (Briceño-Iragorry, 1990c: 51).

Con esta afirmación Briceño-Iragorry reitera que la historia, en su sentido homologante con la ayuda del espíritu, debe ser quien dé sentido al acontecimiento y no un simple convidado de piedra que sirva de marioneta a las intenciones del historiador. O más bien, a la historia devenida en discurso del poder que excluya según los egoístas intereses de grupos hegemónicos que van estableciendo parcelas con los personajes y acontecimientos. Tal es el caso del Libertador Simón Bolívar, personaje admonitorio que se ha ido deformando con el paso del tiempo y las intenciones ideológicas de los enunciantes. Hecho que para Briceño-Iragorry siempre representó una afrenta a nuestra identidad nacional, porque es negado en su gloria y trascendencia universal: "La fariseica hermenéutica de los intereses históricos de Bolívar, tratados como si éste fuese ciudadano de Caracas o de Venezuela, nos ha llevado a pensar en el Libertador en figura encuadrada en límites aldeanos" (Briceño-Iragorry. 1991a: 431).

Precisando de una vez los peligros y riesgos de la grandilocuencia histórica que cercena la evolución y permanencia en los muros del tiempo del personaje. Al representar categorizaciones que castran los personajes históricos para convertirlos en simples figuras decorativas:

> La esclerosis histórica de ciertas tesis del bolivarianismo ha terminado por hacer de Bolívar un "logos" infecundo y carente, en consecuencia, de toda posibilidad de concretarse, de encarnarse en la realidad presente. Bolívar ha dejado de ser una fuerza caminadora para convertirse en simple figura decorativa. Bolívar ha terminado por ser un gran muerto" (Briceño-Iragorry. 1991a: 409).

Pero eso no solo ocurre con los héroes, sino también con los escritores, o todos aquellos referentes llevados a ser adorados en nichos de alabanza, exaltados a los altares de la fama sin revisar su obra o aporte a las civilizaciones. O en caso contrario, a quienes no son afectos a los intereses de quienes escriben la historia, o les son incómodos con sus planteamientos que derrumban los paradigmas establecidos a lo largo de tiempo y la historia de las ideas. Para estos, existen los espacios de la periferia y el confinamiento, condenados a vivir en el más profundo anonimato.

En este aspecto, Briceño-Iragorry fue a los sujetos de la historia para recomponerla en función de ellos, pudiéndose mencionar al respecto, su obra narrativa encabezada por: *Casa León y su tiempo*[3] (1946), o la historia novelada de Venezuela, *Los Riberas* (1957), donde asume la contemporaneidad de la historia a través de la reactualización de los ideales y virtudes que alimentan los acontecimientos pasados para interpretar los tiempos por venir. Ahora se trata de revisar el personaje histórico fuera de las dimensiones laudatorias, convocarlo por intermedio del sentido ético-moral a modo de contrapartida frente de los hechos que quedan en el mero artificio y desdoblamiento belicista.

Briceño-Iragorry lo interpretó sobre la base de la historia como la gran sombra que cobija las naciones para su engrandecimiento, el reflejo ductor que contribuya a edificar la conciencia que conduce a la autenticidad de pueblos y naciones. Bajo estos matices, la historia es parangón para reconocer las debilidades y afianzar las fortalezas, porque la historia es el hombre; la historia somos todos bajo la noción de patria colectivizada no solo en la instrumentación bélica, sino también en las ciudadanías sensibles a emerger para renovar los horizontes de la nación forjada por la civilidad y el compromiso de todos.

Alrededor de esta concepción ético-estética, construye *Casa león y su Tiempo* para revisitar la historia en consonancia con la crónica novelada, para aleccionar sobre un tiempo pasado, pero al mismo tiempo, advertir sobre un presente, expuesto a los tentáculos del poder. Presentar los rostros acomodaticios de la corrupción en torno al ejercicio del poder, que hoy día, no son nada extraños. Y paradójicamente, la historia pareciera no cambiar, toda vez que las acciones de algunos nos hacen recordar a Casa León y su Tiempo y su pervivencia en los escenarios del poder, donde claudican las utopías, se mancillan los espíritus en pos de una ambición desmedida que corroe las bases de la República y hace claudicar los propósitos colectivos.

Mientras *Los Riberas*, la novela escrita en el ocaso de la vida y en los umbrales del regreso a la patria luego del exilio impuesto por la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, emblematiza con un personaje, Alfonso Rivera, el tránsito de la Venezuela agrícola a la Venezuela petrolera. Mediante el periplo del personaje desde los páramos de Mérida hasta la capital, para ir demarcando el tránsito del centauro que deja la cabalgadura para ingresar al

[3] Este libro le vale el Premio Nacional de Literatura, que se otorgaba por primera vez en 1947.

barco de vapor, y de allí, al centro del poder que lo absorbe y deshumaniza. Es la simulación de un gran telón narrativo corriéndose para separar la instancia telúrica de la urbana y acrecentar en la tierra primigenia las dimensiones ensoñativas a convertirse en valores ético-morales.

Además de representar una reflexión sobre el hombre frente a las circunstancialidades del poder, es orientar la cultura hacia los espacios para la resignificación a partir del espíritu y el comportamiento humano. Para él, la cultura representa más que un simple espacio de hechos, acontecimientos, conmemoraciones, o la constante contradicción de memorias forzadas y olvidos impuestos. Pues su propuesta está centrada en el Ser como fuente primigenia de la dialéctica cultural, de su compromiso consigo mismo y el otro proyectados en un colectivo consciente de la individuación a modo de principio para la integración de una universalidad matizada por múltiples pinceladas locales y regionales.

Considerada la cultura, una mixtura creadora, adviene para Briceño-Iragorry la noción de *tiempo cultural* que nunca concluye en determinada época, sino, es prolongado por la memoria de los hombres al constituir la verdadera esencia de la historia de los pueblos. Estando el centro de la significación y ponderación simbólica, arraigado a las tradiciones que sirven de principio identificatorio a esos pueblos, para que la universalidad asuma las caracterizaciones de columna vertebral al ser el escenario ideal de la transversalización referencial y resignificación de contenidos, que permitan al sujeto involucrarse por medio de la historia y la tradición colectiva:

> La universalidad sin la severidad del continente que la reciba y reelabore, conduce a la dispersión infecunda […] la universalidad de los valores humanos puede aposentar realmente en una conciencia determinada, sin necesidad de que esta abjure lo particular que da fuerza a pueblos, familias e individuos. Sin el apoyo, en cambio, de la pujanza plasmática que transmite ímpetu a los pueblos, a las familias y a los hombres, no medran envergadura las alas que buscan la infinitud de los grandes valores sin tiempo y sin espacio (Briceño-Iragorry, 1990b: 309).

Con base en estas reflexiones, para Briceño-Iragorry: ser trujillano es metáfora de Ser universal. Trujillo, no es un simple espacio geográfico, sino toda una constelación y referencia afectiva, sirve de principio referencial para la universalización del acontecimiento, lugar enunciativo en el cual es posible establecer relaciones con otros espacios que guardan

similitudes, o presentan contradicciones en cuanto a la dialéctica cultural, pero que siempre serán complementarios en la construcción de materia significante. Más aún, cuando la pasión del espíritu es el agente dinámico que alienta la construcción de significación y lógicas de sentido, pues siempre alienta los caminos más justos y equitativos.

Esta inclinación y convencimiento lo induce a ser profundamente optimista en sus propósitos argumentales basados en el *espíritu de la letra* o el mecanismo para fundar espacios de reflexión-acción tendientes a alentar el *alma de los pueblos* a modo de alternativa frente a los discursos del poder. Esa pasión lo llevó a categorizar las locaciones físico-geográficas en función de una arquitectura sensible, donde la interacción hombre-ciudad, procura un imaginario ético-moral:

> Al fundarse la Ciudad, se ha creado una entidad que supera la realidad de los edificios. Si los vecinos resuelven trasladarse a otro sitio propicio se va con ellos la Ciudad en su dimensión moral y jurídica, más que como masa migratoria de hombres y como hacinamiento de propiedades movedizas. Sobre los hombres, ella camina como un símbolo y como una esperanza. Nadie la ve, pero todos la sienten […] Aquí, allá, más allá. La Ciudad mantiene el sello de un derecho y el signo de un espíritu que la hacen sagrada (Briceño-Iragorry, 1989c: 291).

Sobre la ciudad hecha cadencia sensible recae la alianza de lo individual con el colectivo, fundada en principios argumentales sostenidos por la cultura identitaria devenida de los espacios cotidianos del hombre, para apuntalar la semiosis de los sentidos originarios y su relevancia en la construcción de universos simbólicos que privilegien los acercamientos a los mundos primigenios en su rol de bases estructurantes de la acción humana

A partir de la figuración de la arquitectura sensible, la inclusión del espíritu de los pueblos dentro de las consideraciones argumentales, hace de la cultura un espacio de constante transformación y renovación. Siempre advirtiendo sobre la peligrosa supremacía de la ciencia deshumanizada contra la tradición de los pueblos; un 'ejercicio de la desmemoria' que invade y aísla los escenarios de la cultura. No se trata de satanizar la ciencia y sus derivaciones tecnológicas, sino advertir sobre los riesgos de no reactualizar los contenidos culturales con respecto a ese mundo tan complejo, dinámico y cambiante. Pues aparecen los riesgos de vaciar la esencia de la cultura primordial y hacerla más frágil ante los embates de la sociedad del espectáculo, pues: "Cuando las naciones pisotean y desfiguran el

legado de los tiempos, deshacen su estructura conciencial y aniquilan su vocación cívica (Ibídem, p. 306).

Ante este panorama, Briceño-Iragorry insiste que una de las formas de resucitar el "alma de los pueblos" es través de la historia, la historia particularizada por la subjetividad, no la corroída por las perspectivas político-partidistas, que hasta las mismas referencias personales del enunciante suenan falsas cuando intenta hacer del hecho histórico una parcela particular, o la asunción del héroe esgrimidas a modo de referencia obligada a través de la exclusión de los otros. Esto es atomizar la historia en función de las inclinaciones ideológicas, la negación de la historia en un todo sistemático que responde a la interdisciplinariedad y no a la abstracción caprichosa del historiador o lector; un historiador debe combinar la inmediatez con la percepción retrospectiva.

Sobre la base del develamiento del alma de los pueblos, los referentes manejados por Briceño-Iragorry los podríamos tipificar en tres grandes bloques: la anécdota personal, la historia, y la cultura a manera de acepción universal. Esos bloques revestidos por dos fachadas interdependientes; lo regional y lo universal. De allí se formará –para él– la tradición; soporte y bandera para propulsar los pueblos hacia su realización. Pues:

> Formar una tradición y velar por su constante progreso es deber de los pueblos que aspiran a robustecer su personalidad en los cuadros de la historia universal. Tradición que en este caso es fisonomía, tono, carácter que diferencia a cada grupo y le da derecho a ser tomado en cuenta como unidad de cultura (Briceño-Iragorry, 1996: 43).

De allí que los escritos de Briceño Iragorry reclaman significación fundamentada en la intersubjetividad, al convertirse en parábolas discursivas que suponen destinatarios de lectura militante, entes percibientes del *espíritu de la letra* a manera de eje central de las estructuras enunciativas que permitan la complementariedad referencial representada por la transversalización de los mundos primordiales del sujeto, los valores regionales y la confluencia de todos ellos en una universalidad integradora. De esta forma, la escritura es cantera para alentar horizontes arengados por los espacios de la afectividad-subjetividad:

> Hacerse a sí mismo" comporta una actitud individual de compulsar perfecciones en el designio jerárquico de la sociedad, de quien se reclama, a la vez, imperiosamente,

> el contingente de la acción colectiva, por medio de un constante transmitir de vivencias de valuación humanitaria […] Ser uno para sentir la multiplicidad, ser muchos para concurrir al progreso y perfección de la unidad (Briceño-Iragorry, 1990e: 41,43).

Así pues, revisitar el pasado sirve para algo más que confirmar o refutar hechos históricos; da a la historia nuevas oportunidades para llenar de alma la ciudad ensoñada por las acciones humanizantes que intentan recomponer las estructuras enunciativas, incorporando la intersubjetividad dentro de los mecanismos de sostenimiento referencial. De esta forma la tarea básica será reconstruir a partir de la cultura excluida y replegada por los grandes demoledores de la sensibilidad. El compromiso está volcado sobre la acción romántica que queda condensada en el discurso frente a la imposibilidad de realización en el espacio que espera intervenir con sus efectos reparatorios.

Por ello Briceño-Iragorry sintió un profundo temor con respecto a las sombras de la historia, y a lo largo de su obra, hizo serias advertencias sobre el oscurantismo que cae sobre la historia, la cultura y los hombres para condenarlos a una penumbra existencial. A más de ser un cristiano ferviente y convencido, Briceño-Iragorry fue un crítico de la práctica religiosa, de la iglesia representante de un discurso del poder convencionalizado, y precisamente, en un texto publicado en 1954, que lleva por nombre: *luces y sombras*, refiere los templos bajo la alegoría de lugares vacíos de espiritualidad y tradición;

> Unos templos que perdieron su sentido original y vieron reducido el fasto antiguo a una modesta lección familiar. Se siente en ellos la misma impresión que producen los viejos castillos feudales convertidos en modestas posadas de camino. […] Así se repitan en los serios recintos los mismos salmos, las mismas lecciones, […] falta a éstas el juego de penumbras y luces que dan vida interior a las iglesias y hacen sentir en ellas el peso de la historia" (1991(b): 156).

Bajo esta óptica, la problemática histórica no se vislumbra sobre líneas rígidas, sino en el tambalear de las certezas y los paradigmas históricos, que a la postre son antivalores que desdicen de nuestra tradición de pueblo. Y en defensa de esa tradición, Briceño-Iragorry dedica la mayor parte de su trabajo a la temática de lo nacional, ora en forma de ensayo, ora a manera de crónica novelada, donde historia y ficción sirven de espacio virtual para *mirar la historia* a través de la dignidad sagrada del pueblo nacional.

Esa es la función predictiva del discurso en Briceño-Iragorry alentando voces y perspectivas sobre los antivalores que pululan en la realidad latinoamericana y conducen a *una crisis de pueblo*. Es por ello que su palabra trasciende los muros del tiempo para reactualizarse a cada instante cuando los hombres asumen el compromiso de construir la patria sostenida por los ideales colectivos, y alejándose de las ambiciones personales o político-partidistas, convoca el espíritu como autoconciencia libertaria. Razón por la cual, Briceño-Iragorry siempre proyectó la historia por medio de una valorización inicial de lo regional y nacional, hacia una universalidad creadora, para enmendar rumbos y construir nuevas bitácoras de viaje que lleven al fortalecimiento del nacionalismo que provea de nuevos horizontes de realización.

Se trata de la contemporaneidad de la historia enunciada sobre la base de la reactualización de los ideales y virtudes centradas en el espíritu de los tiempos, que es la esencia misma del hombre desdoblado en discurso y acción. Es el sentido ético-moral de la historia lo que tiene que prevalecer; no la suntuosidad de los hechos asumidos a manera de artificio o arrogancia belicista. Al contrario, la historia debe ser el cobijo de las naciones, el reflejo ductor para edificar la conciencia que conduce a la autenticidad de pueblos y naciones; es parangón para reconocer las debilidades y afianzar las fortalezas; la historia es el hombre, porque la historia somos todos bajo una misma noción de ciudadanía sensible.

Impulsado por estos factores, el discurso es el receptáculo para el triunfo de la virtud, entonces la escritura-lectura involucra un ‘acto de placer’ que forma parte de la corporeidad sensible del enunciante. Así, los espacios de la palabra representan la oportunidad de recuperar el placer negado en la realidad, para convocar las empatías más allá de las ideologías que caducan con los momentos históricos, para afianzarse en las utopías que permanecen alentando los principios de los espíritus sensibles.

Esta recurrencia dialéctica entre posibilidad e imposibilidad deja los discursos suspendidos en especie de espera reflexiva que contiene la fuerza del espíritu y la letra. Y su no materialización radical les otorga inmortalidad, una vigencia que no caduca con el paso del tiempo porque paradójicamente las circunstancias de desigualdad e injusticia motivantes de estos discursos nunca cambian, sólo muda de piel para radicalizarse. Es el manantial para

sorber la esperanza cuando los horizontes se ensombrecen y las naciones vuelven la espalda a su pasado.

Con este propósito transcurre la historia entre sus certezas y espejismos, y sólo nos queda la palabra en sus escenarios sensibles para resarcir los sueños destejidos, la palabra distendida en medio de las intermitencias de los espíritus comprometidos con los grandes ideales legados en el maravilloso universo de la palabra, y allí siempre estará Briceño-Iragorry, en el verbo hecho conciencia, señalando un camino, ondeando un mensaje con destino en correspondencia con la esencia vital del espíritu; la sensibilidad trascendente que lo llevó a ver más allá de la inmediatez. Porque su pasión fue la escritura desdoblada en alternativa para que el espíritu aflorará en eterna presencia; tal cual, la sangre y su simbología de savia recorre el mundo simbólico de la humanidad: "Esa sangre, [que] en cambio, me hace sentir, hoy aún más la fuerza insobornable del espíritu" (Briceño-Iragorry, 1991c: 280).

Conclusiones

Dos variables fundamentales quedan sobre el tapiz argumental de esta reflexión: el espíritu de la letra y el alma de los pueblos; ambas a modo de posibilidades para interrogar la historia en medio de las dimensiones intersubjetivas que posibiliten la aserción del pasado como agente dinámico para redefinir las relaciones de significación de la dialéctica cultural, partiendo de los espacios inmediatos del sujeto para establecer un tránsito simbólico que permita concatenar referencialidades y construir una universalidad transversalizada por el orden patémico convergido en instancia reflexiva.

De tal modo que no es simple retórica aludir al espíritu y su metaforización en múltiples caminos de estructuración enunciativa, para proponer la acción humana a razón de principios afectivo-subjetivos que hagan del enunciante el fundamento básico de la historia a recomponerse bajo el tratamiento de un pasado asumido desde las perspectivas de la creación, para la renovación de la dialéctica cultural. Y ese pasado deje de ser un país extraño, solamente habitado por instancias ajenas al presente, o completamente divorciadas de los intereses de un presente.

En fin, la propuesta recae sobre las bases de una historia fortificada por la creación ético-estética, eje dinamizante de la suma de voluntades para ir tras un objetivo común, sin perder la autenticidad otorgada por los valores autonómicos, sino conducir junto a ellos hacia

la universalidad que permita la transversalización referencial a manera de epicentro de la significación, para la provisión de materiales cada vez más novedosos, en la construcción de lógicas de sentido acantonadas en la conciencia del hombre y exteriorizadas a través del espíritu de la letra encarnada por la subjetividad reflexiva. Aquella que convoca los procesos de subjetivación discursiva como el medio para volcar la mirada en los enunciantes, y allí, escuchar la voz antigua de la tierra.

Bibliografía

Briceño-Iragorry, Mario, (1988a) Así ha sido mi vida, en: *Obras Completas* (Volumen. I, pp.103-116) Caracas: Ediciones del Congreso de la República (Trabajo original publicado en1945).

Briceño-Iragorry, Mario, (1988b) Por la ciudad hacia el mundo, en: *Obras Completas* (Volumen. I, pp. 341-382) Caracas: Ediciones del Congreso de la República (Trabajo original publicado en 1957).

Briceño-Iragorry, Mario, (1989a) La leyenda dorada, en: *Obras Completas* (Volumen 4, pp. 259-284) Caracas: Ediciones del Congreso de la República (Trabajo presentado a la cátedra de Historial Colonial de la Universidad Central de Venezuela en 1951).

Briceño-Iragorry, Mario, (1989b) Suelo y hombres, en: *Obras Completas* (Volumen 4, pp. 233-243) Caracas: Ediciones del Congreso de la República (Trabajo leído en el Ateneo de Valencia-Venezuela. 1951).

Briceño-Iragorry, Mario, (1989c) Sentido y función de la ciudad, en: *Obras Completas* (Volumen 4, pp. 285-298) Caracas: Ediciones del Congreso de la República (Conferencia en el centenario de la Barquisimeto-Venezuela. 1952).

Briceño-Iragorry, Mario, (1990a) Mensaje sin destino, en: *Obras Completas* (Volumen 7, pp.155-245) Caracas: Ediciones del Congreso de la República (Trabajo original publicado en 1951).

Briceño-Iragorry, Mario, (1990b) Alegría de la tierra, en: *Obras Completas* (Volumen 8, pp. 7-145) Caracas: Ediciones del Congreso de la República (Trabajo original publicado en 1952).

Briceño-Iragorry, Mario, (1990c), El sentido moral de la historia, en: *Obras Completas* (Volumen 6. Pp. 49-52) Caracas: Ediciones del Congreso de la República.

Briceño-Iragorry, Mario, (1990d) Patria arriba, en: *Obras Completas* (Volumen 9, pp. 307-361) Caracas: Ediciones del Congreso de la República (Trabajo original publicado en 1955).

Briceño-Iragorry, Mario, (1990e) La paradoja de la democracia, en: *Obras Completas* (Volumen 6, pp. 35-43) Caracas: Ediciones del Congreso de la República (Trabajo original publicado en 1955).

Briceño-Iragorry, Mario, (1991a) El fariseísmo bolivariano y la anti-América, en: *Obras Completas* (Volumen 11, pp. 405-437) caracas: Ediciones del Congreso de la República (Trabajo original publicado en 1953).

Briceño-Iragorry, Mario, (1991b) Saldo, en: *Obras Completas* (Volumen 11, pp. 123-234) Caracas: Ediciones del Congreso de la República (Trabajo original publicado en 1955).

Briceño-Iragorry, Mario, (1991c) Cartera del proscrito, en: *Obras Completas* (Volumen 15, pp. 239-353) Caracas: Ediciones del Congreso de la República (Trabajo original publicado en 1953).

Briceño-Iragorry, Mario, (1996) La lección de "Iván el terrible", en: *Obras Completas* (Volumen 19, pp. 41-44) Caracas: Ediciones del Congreso de la República (Trabajo original publicado en 1948).

Hernández Carmona, Luis Javier, (2020) *Realismo simbólico y construcciones imaginales. A propósito de Gabriel García Márquez*. Argentina. Arkho Ediciones.

Ortega y Gasset, José (1985) *El espíritu de la letra*. Madrid. Cátedra.

Picón Salas, Mariano (1962) *Obras Selectas*. Madrid. Edime.

Rodó, José Enrique (1976) *Ariel y motivos de Proteo.* Caracas. Biblioteca Ayacucho.